Lorenzo

SAVAL

8

El agua en la boca

Litoral / Suplementos

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

Lorenzo Saval

8

LITORAL

El agua en la boca

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2014

El seductor y los sueños

Si Lorenzo Saval hubiera nacido en el siglo XVIII, tal vez hoy podríamos contar con un nuevo personaje en *Les Liaisons Dangereuses* : las cartas que allí aparecen no serían, desde luego, las mismas. Todo el mundo sabe que esa obra la escribió un militar, Laclos, que llegó a mariscal de campo, un grado nada desdeñable en aquel tiempo de revoluciones e intrigas, pero es menos conocido el hecho de que lo destinaran a fortificar un islote en el Atlántico, en cuya soledad concibió la trama de la famosa novela. Así se lo contaba al Conde de Tilly: " Estaba en la guarnición en la isla de Ré y habiendo estudiado un oficio que no había de llevarme ni a un gran provecho ni a una gran consideración, resolví hacer una obra que se saliera del camino ordinario, que hiciera ruido y que retumbara todavía la tierra cuando yo me hubiera ido". Por un instante me agrada imaginar la presencia de Lorenzo en aquellos salones de la nobleza ilustrada, el doble impacto que habrían ejercido allí su estatura y su ingenio; pero también pienso en el creador de ficciones que mira al océano, se vuelve hacia sí mismo y construye un inquietante relato sobre la pasión , la astucia, la inteligencia, el deseo. ¿Dónde están los límites entre el autor y sus personajes? ¿En qué momento se apropian nuestros sueños de la realidad dejando un margen borroso, un no saber si nos hallamos a un lado u otro del espejo?

"El destino de seres como nosotros tiene la técnica de los grandes maestros para ocultarnos sus secretos", dice el narrador de *El sueño de la mujer desnuda,* uno de los mejores relatos de Lorenzo Saval. Ocultar secretos puede ser también una forma de internarse en el territorio de los sueños: la ilusión óptica de los *collages* se parece bastante a la ambigüedad narrativa del relato de un falsificador de cuadros que acaba por ver una obra suya expuesta como un Delvaux auténtico, o a la duda del lector de una carta anónima en *Babilonia, dígame.* Dice Lorenzo que el *collage* es algo así como un sueño que se queda en los ojos para

Ministerio de Cultura 2011

contárselo al amigo noble, el instinto peligroso del creador, la tijera rebelde que corta el hilo del durmiente. Paisajes y argumentos invitan a la complicidad, al viaje compartido: esa galería de damas elegantes y perversas que desafían al espectador/lector, esos automóviles que bordean peligrosamente la costa o se instalan sobre el perfil quebrado de las ciudades, esos barcos a la deriva, esos ángeles caídos, definitivamente ocultos en geometrías de hielo y de tiempo inmemorial, forman parte de un ámbito imaginario en el que conviven la música y el silencio, el azar y el cálculo, la sorpresa y el roce de lo cotidiano, el misterio y la revelación. Un mundo que, sin dejar de ser constante exaltación vitalista, nos transmite a la vez una intensa melancolía, la soledad del farero que escucha, igual que en el poema de Baudelaire, los ecos devueltos por muchos laberintos.

Ahora podría imaginarme a Lorenzo Saval como un artista romántico, o tal vez como un periodista de la *belle epoque* que conversa con un superviviente del Titanic, o mejor como un aristócrata, visitante asiduo de los hoteles de Provenza y la Costa Azul, coleccionista apasionado de los lienzos de Magritte y Delvaux, de Max Ernst y Leonor Fini. En cualquier caso, Lorenzo Saval sería un maestro del inteligente juego de seducción que consiste en hacer de la vida un arte y del arte una forma distinta de mirar la vida. Porque no hay nada más ajeno a su mundo que la rutina del orden establecido y burocrático: él lo subvierte a base de cartas inesperadas, mapas de un azul imposible, bellas desconocidas que jamás olvidaremos. Él también se aparta del camino ordinario, según decía Laclos; como si recordara una fiesta de breves libertinajes desde una isla en pleno océano, mientras se suceden los rojos y malvas del atardecer ante la mirada del vigía.

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN

4

Ministerio de Cultura 2011

Los silencios cargados

La mirada de Lorenzo Saval es una relojería imprevisible, una alucinación metódica y controlada, un deseo de afirmar el azar como ese caballero matemático que deja sus huellas en la sorpresa, que corre voluble y desobediente por la arena de los ojos, pero buscando sentido, sabiendo el camino, con una idea exacta de los rumbos. El azar es un caballero, el arte un modo de romper y guardar las formas; por eso la realidad estética de Lorenzo Saval se compone y se descompone entre el juego y la elegancia.

Más allá de las lecciones del surrealismo, en los collages de Lorenzo Saval se reúne el arte, la historia de unos cuerpos con mirada microscópica. Su elegancia es elaboración, pupila ideal, mirada que sabe buscar reposo, que se concibe como tarea y brújula. El tiempo detenido en el taller del artista recuerda los barcos cercados por el hielo en los cuadros románticos de Fiedrich. Pero el hielo es soledad y la elegancia resulta diálogo, un modo de guardar las formas en conversación con el mundo, sin encerrarse en los abismos del infinito. Conviene hablar de elegancia en el arte de Lorenzo Saval, porque su quietud alude a la cara del jugador de póquer, un frío en permanente diálogo con la pasión, el control de los gestos cuando sobre el tapete respiran las apuestas auténticas. Los corazones brillantes y perfilados guardan las formas mientras se juega sobre el amor, sobre el odio, sobre el sexo, sobre la Historia y la melancolía.

El rompecabezas, o el rompepupilas, de Lorenzo Saval tiene la elegancia del arte ideal. Los trasatlánticos navegan a través de la vigilancia cromática de sus chimeneas y sus mástiles, la luna parece el mármol helénico de un sueño, los faros iluminan con la nostalgia racionalista del Polifemo gongorino, los cuerpos ofrecen su desnudo con la serena perfección del Renacimiento o con la controlada tuber-

Ministerio de Cultura 2011

culosis del romántico, las cabelleras se deshacen en el aire de una cuidadosa peluquería modernista, los coches viajan sobre una tranquila velocidad pop, los espejos y las cerraduras indican un desnudo o un domesticado recuerdo impresionista. La historia del arte se baraja, la ruleta gira, con lucidez, con método, con la impaciente tranquilidad de una partida de póquer.

Pero Lorenzo Saval se guarda siempre una carta en la manga. Su elegancia es una invitación a la mirada, a la complicidad, a la búsqueda de la trampa. Las buenas formas arden tranquilamente en la llama del sentido y del diálogo, porque el frío solitario se convierte en juego. La diversión es irreverencia, elección de caminos, humor que abre los ojos en vez de cerrarlos con una carcajada grosera. La diversión y el juego buscan, pero no significan solamente diálogo con lo Otro, esa parte desconocida de la que nos atrevemos a saber, sino estrategia frente al otro, porque nuestros movimientos, nuestros descartes, nuestro abrir y cerrar dependen de la jugada del otro. Todo juego es una composición de lugar, y los collages de Lorenzo Saval componen, a través del juego, la elegancia con sentido de un mundo artístico.

La complicidad discurre por los circuitos de la elegancia y el juego. El artesano es un voyeur simbolista que provoca al espectador para transformarlo en otro voyeur, en un voyeur otro, que observa y adivina lo que hay detrás de una cerradura.

Todos los modelos esconden una alcoba de sábanas manchadas y el espejo de un cuarto de baño. El espectador se comporta como un testigo que crea, ya que aprende a reconocer y a reconocerse en su mirada, en la intención y en la sabiduría de sus ojos.

La elegancia es un hilo y el juego una aguja de coser. La realidad, sin el ojo que borda, está formada por fragmentos que se mueven al margen del sentido. Las imágenes son objetos prehumanos, materiales en espera de una elaboración que los constituya, un ruido de perfiles. Es natural que los objetos poéticos acompañen al collage en el arte de Lorenzo Saval, porque también aluden en su transformación a la autoridad del ojo humano. La inutilidad llevada al horizonte de la sugerencia devuelve a las pupilas su protagonismo. Los párpados se abren para que el artista baraje, ordene, pula las formas del ruido, imponga su música interior, el mandato de su fábrica. Y cuando cada cuerpo, cada columna, cada objeto encuentra un nuevo lugar, el lugar del artista, la realidad descansa en la elegancia para que la música se ador-

Ministerio de Cultura 2011

mezca en un silencio definitivo. Hasta la velocidad de los coches parece detenida en un instante perpetuo. La atmósfera de los collages de Lorenzo Saval es el silencio, la tranquilidad de un mundo que supo cruzar por el ruido, alcanzando la armonía y la quietud a través del ojo autoritario. Primero la música y después el silencio.

La cara de póquer esconde pasiones, las sugiere, invita a la adivinanza, pero sin descomponer las formas. El arte de Lorenzo Saval sabe perder y ganar, vive con la elegancia de un jugador profesional, porque apuesta en el riesgo de la Historia del Arte, indagando en los pliegues del futuro desde los tonos experimentados de la memoria.

La vida inteligente y la Historia son los resultados últimos de la curiosidad. Los sentimientos, las ideas, los proyectos, las fronteras de cada individualidad, imponen su orden. En el principio fue el ojo. Gracias a la mirada existe la Historia, porque toda realidad es una lectura.

Y esto es lo que hace Lorenzo Saval, leer la realidad, leerse, invitarnos a una operación de lectura, a una partida de cartas marcadas por la elegancia del arte y por la sabiduría insidiosa del juego.

LUIS GARCÍA MONTERO

Ministerio de Cultura 2011

Hay sangre derramada sobre el yeso, una sangre que se hace terciopelo y se convierte en vestimenta, en adorno o en soles oscuros que flotan en los cielos de Saval. Saval es un cosmos, un universo. En el universo de Saval hay mujeres desnudas y buques fantasmas que navegan mares de papel arrugado, hay pubis de estopa, gente solitaria y algún caballo. También hay faros, pero sobre todo, en el cosmos de Saval hay silencio. Dentro de los silencios, el de Saval es un silencio leve, transparente. Es el silencio de los sueños, el idioma de otro mundo. A Saval le entró un rayo por los conductos eléctricos de su casa, le aniquiló el fax, y le iluminó el estudio de luz azul. Saval estaba allí, en el estudio, y también recibió el resplandor del relámpago que dejó el fax y el aire enmudecidos. Pero él, Saval, no se sorprendió y probablemente siguiera trabajando, porque está acostumbrado a recibir fogonazos y a tratar con los rayos y la tormenta. Saval es un farero, enfrentado al cielo y a sus tumultos.

En su cabeza, en el centro del cosmos, surgen destellos y se desatan tormentas que él apacigua, amansa, doma y nos transmite ya aserenadas. Saval se guarda el estruendo del huracán y nos habla de la melancolía de los barcos, de miradas que viajan de la tristeza al misterio, de lo oscuro y luminoso que hay en su universo, en el universo del hombre. Habla con cordajes, placas de hierro y arena. Cuenta historias con esos elementos y yo las leo con la morosidad y disfrute con que leo un relato, una novela admirable. Leo en las maderas, en los hilos engomados, en restos de papel, ceras y metales —sintaxis en relieve—, leo el yeso y la sangre que lentamente se desparrama sobre él, y leo ese color imposible que sólo en las fosas submarinas y en los cuadros de Lorenzo aparece, ese turquesa intenso que a veces es el agua sobre la que navegan sus buques y a veces el aire, no sé si venenoso o revitalizador, que sus personajes aspiran. El aire del cosmos, Saval. El agua de los abismos.

ANTONIO SOLER

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

A Francisco Tagini

NUNCA he sufrido una manía persecutoria, sencillamente porque mi disposición afectiva jamás ha padecido alteraciones mentales ni se ha visto involucrada en fases maníacas ni estados psicóticos depresivos. En otro sentido, creo que a nadie se le ocurriría perseguirme. Pero aquel día alguien lo hacía. No podría decir quién era, ni cómo era ni cuáles eran sus razones; sólo sé que me perseguía. Era alguien sumamente hábil, ya que a pesar de mis intentos no pude desenmascararlo.

Todo empezó mientras desayunaba en la barra de un café cercano a casa. Mi cabeza instintivamente giraba hacia atrás atraída por una fuerza poderosa. A la cuarta o quinta vez comencé a inquietarme, algo pasaba. Recordé entonces aquel juego que habíamos aprendido en el cine del barrio: nos concentrábamos unos cuantos amigos de la infancia en la cabeza de algún espectador de las butacas delanteras *y* mentalmente pedíamos que se diese la vuelta, así hasta que la cabeza giraba instintivamente ante nuestro regocijo. Siempre resultaba, y esto nos llenaba de gozo hasta tal punto que la película llegaba a ser algo secundario, sobre todo cuando ya la habíamos visto dos o tres veces y había pasado la escena en la que la protagonista se desnudaba o era asesinada.

En aquel café alguien estaba jugando conmigo.

Intenté hacer algo, llamé a la camarera y le dije al oído: —Señorita, escúcheme, tiene que ayudarme. Tengo la sensación de que alguien lleva un rato observándome a mis espaldas. Dígame si ve usted algo sospechoso. No sé, alguien en la calle, cualquier cosa. Yo le pediré a usted ahora una manzanilla y permaneceré aquí quieto en espera del favor que le pido —le dije enseñándole el borde de un billete.

En un principio, la mujer pareció confundida; luego frunció el ceño y me preguntó al oído mientras se guardaba el billete en el escote:

—¿A usted le persigue alguien, no es así?

—Sí, eso creo.

—¿Qué ha hecho usted?, apuntó con desconfianza.

—No he hecho nada, nada —repetí—. Sólo quiero que me diga si

Ministerio de Cultura 2011

ve a alguien que me está observando a mis espaldas.

—Si no ha hecho nada, ¿por qué le persiguen?

—Eso es lo que quiero saber y por eso quiero que me ayude.

—Lo que usted quiere —arremetió la camarera— es saber si hay algún policía en la calle, ¿no es cierto?

La situación empezaba a cansarme.

—No señorita, no es lo que usted piensa.

—Mire —me interrumpió—, yo le sirvo todas las manzanillas que usted quiera, pero no me pida que sea el cómplice que le ayude a huir. No, no —agregó la mujer—, yo no sé lo que ha hecho, ni me importa. Es más, amigo —comentó relajando un poco más el tono—, hasta puedo llegar a entenderlo —continuó, susurrándome ahora las palabras al oído. He estado a punto de asesinar tres veces a mi marido, y sabe por qué no lo he hecho, ¿sabe por qué? —insistió: por no llegar a la situación en la que usted se encuentra ahora. La vida es un chiste y se ríen sólo los listos —exclamó con una carcajada.

Estaba bastante afectado como para reírme de lo que me estaba pasando. Sin pretenderlo, llegué hasta sentirme culpable, acosado y con esa punzante sensación que es la de sentirse vigilado.

Como un sonámbulo que despierta de pronto de una pesadilla en una concurrida calle, salí de aquel café. Era una situación absurda, y entonces sentí la necesidad imperiosa de correr y correr sin un destino concreto. Huía de algo, pero no sabía exactamente de qué.

Me detuvo el cansancio cuatro calles más abajo y, jadeante, me acerqué hasta un quiosco. Primero miré si alguien me seguía y luego compré el periódico. Me encontraba como un animal acorralado, nervioso y sofocado por la excitación. Traté de relajarme y reflexionar sobre lo que me estaba pasando. Llegué a la conclusión de que sin una prueba fehaciente de que esa persecusión a la que estaba siendo sometido era real, terminaría volviéndome loco. Un sexto sentido me alertó: no me encontraba libre de mi perseguidor, por lo que caminé a buen paso hasta un parque cercano. Allí me senté en un banco desde el que podía dominar todas las entradas y salidas de la plaza. Estuve cerca de una hora, hojeando el periódico y cavilando sobre mi situación. Todo el tiempo que estuve allí permanecí atento a las personas que entraban o salían del parque. Todo parecía normal, excepto mi inquietud y los sudores fríos que me recorrían el rostro.

Estaba bastante más calmado cuando decidí marcharme. Caminaba en dirección a casa, idea que hasta entonces no se me había pasado por la mente. Mi estado de ánimo era muy confuso y no deseaba darle explicaciones a nadie, especialmente a mi mujer.

Pensaba en esto cuando vi que un chico corría a mi encuentro.

Ministerio de Cultura 2011

—Señor, señor, su periódico. Se lo había dejado en el parque.

—Gracias, chico —le dije—, pero ya lo he leído. Toma —le alargué unas monedas—, cómprate lo que quieras.

—No señor, usted no ha leído su horóscopo.

—¡Cómo!, claro que lo he leído —le iba a decir cuando arrancó a correr hasta que desapareció de mi vista.

Traté de alcanzarlo, pero fue inútil. Entonces, abrí nuevamente el periódico y busqué ansioso la página del horóscopo.

Sí, allí había algo extraño. Un número telefónico desconocido para mí había sido escrito debajo de mi signo.

Comencé a imaginar un sinfín de hipótesis y a recordar aquellos personajes de Hitchcok, seres inocentes que se ven involucrados en situaciones inverosímiles.

Parece extraño, pero mi talante cambió. Me encontraba eufórico. Había una razón: no estaba loco.

Sin dudarlo me acerqué al primer teléfono y marqué el número indicado sin saber a ciencia cierta qué decir.

—Babilonia, dígame —contestó una voz femenina.

—¿Qué es eso? —pregunté arrebatadamente.

La voz era vulgar y aprecié con claridad que estaba ajena al misterio.

—Escuche, señorita, si usted me dice lo que es Babilonia yo le diré por qué he llamado.

—Babilonia es un cine, ¿quiere saber algo más?

—Sí, si es usted tan amable. ¿Dónde está ese cine?

No dudó en decírmelo.

—Me han dado este número telefónico —le comenté esperando una aclaración.

—¿Quién?

—No lo sé, sólo me han dejado este teléfono escrito en mi horóscopo del día.

—¿Y se puede saber qué decía su horóscopo?

—Espere, aquí lo tengo, se lo leeré: *Cuidado, la expectación coincide raras veces con la realización esperada, pues está influida por los deseos* y *por los temores de la persona. Día de grandes turbulencias. Juegue al 0.* Sí, eso es lo que dice. Luego, alguien que me ha estado siguiendo, ha escrito este número telefónico y me lo ha enviado con un chico que se dio a la fuga nada más entregármelo.

—Pues ya ha tenido suerte —comentó la voz femenina del teléfono—, creo que éste es el único cine que no figura en la cartelera ni su número en la guía telefónica. Somos clandestinos, sabe usted, pornos bizarros y esas cosas. Lo que sí es seguro, amigo, es que a esa mujer que le sigue parecen gustarle las emociones fuertes.

—¿Cómo sabe que es una mujer?

—Intuición femenina, las mujeres decimos mucho menos de lo que sabemos.

—Pues no tardéis mucho en decirnos lo que sabéis —le dije afectado—. Personalmente, ya estoy detectando algunos síntomas evidentes de paranoia. Ahora tengo que colgar, las monedas se acaban. Nos veremos —grité al tiempo que se cortaba la comunicación.

Ministerio de Cultura 2011

Cuando colgué no sabía si tomar inmediatamente un taxi hasta el cine Babilonia y afrontar lo que fuese o por el contrario olvidarme del asunto, viendo ya el cariz que estaba tomando. Decidí llamar primero a casa, pero fue mi propia voz la que me contestó dándome la señal para que dejara mi nombre en el mensaje. Mi mujer no estaba en casa y seguramente comería fuera con alguna amiga.

Eran ya cerca de las dos y mi cuerpo me pedía serenidad, alcohol y alimento, pero lo que más necesitaba era una persona con quien desahogarme. Luego ya vería si al caer la tarde acudía a la cita. Quien me seguía estaría allí lógicamente, fuese la hora que fuese.

Decidí ir a comer a un chino cercano. El cocinero del restaurante, un holandés de Hong Kong, era un buen amigo y cuando había poco trabajo en la cocina se sentaba en mi mesa para contarme sus viajes por mar, ya que conocía mi pasión por los barcos. Sabía que muchas de las historias de ese robusto personaje eran inventadas, pero disfrutaba con su compañía y alucinaba cuando me narraba la historia de su vida. Por lo que me había contado, sus padres habían muerto en un naufragio frente a las costas de Macao, mientras traficaban con tabaco y especias, siendo él aún un niño. Fue el único superviviente, gracias a unos pescadores que le practicaron la respiración artificial tras rescatarlo *in extremis* de las olas. —Ese aliento me hizo chino —le comentaba a muchos de sus clientes cuando le alababan sus exquisitos platos orientales.

Aquel día se sentó en mi mesa con dos copas de *Mei kuei lu Chiew* y agradecí más que nunca su poderosa presencia.

—Alguien me persigue —le susurré antes que dijese nada. Cuando comenzaba a hablar era imposible pararlo.

—¿Quién? —me preguntó al tiempo que miraba en todas direcciones.

—No tengo idea de quién pueda ser; sólo sé que me persiguen —luego le conté, con algunos detalles, el resto de los acontecimientos—. Y aquí me tienes —le dije con pesar—, sin saber qué hacer.

—Es una mujer, eso es lógico —me contestó muy convencido.

—¿Cómo estás tan seguro? —insistí con curiosidad.

—Intuición masculina, las mujeres presumen mucho de su intuición pero no saben lo que nosotros sabemos al respecto.

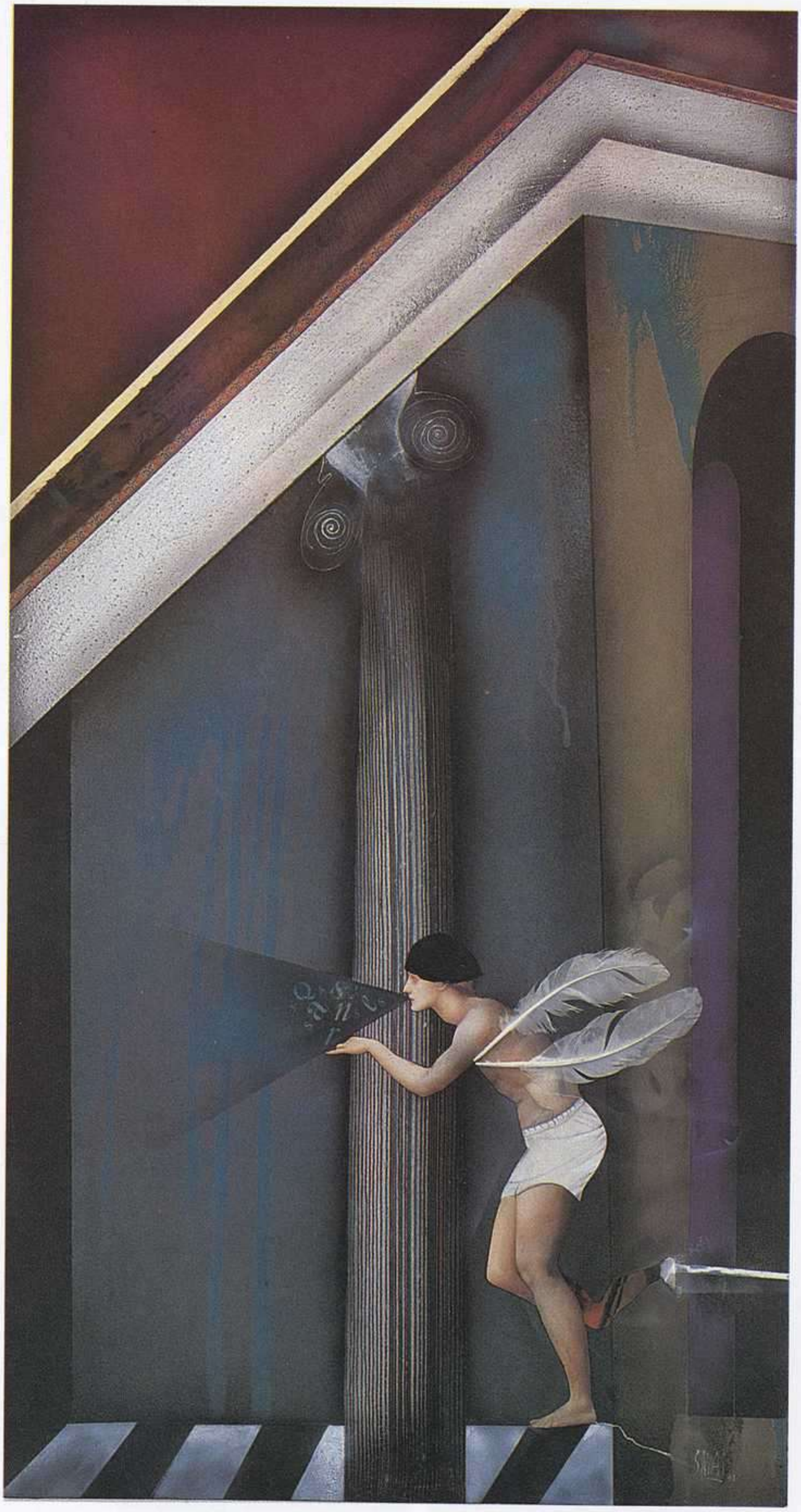
—Entonces, ¿quién crees que pueda ser? —le pregunté con abatimiento.

—Mira, puede ser desde una vecina —¿tendrás alguna, verdad?— a una amiga de tu mujer, pero yo me inclino por un familiar.

—¿Estás loco? ¿Un familiar que me cita en un cine porno?

—No te extrañe, a mí me violó mi tía cuando tenía doce años.

Ministerio de Cultura 2011

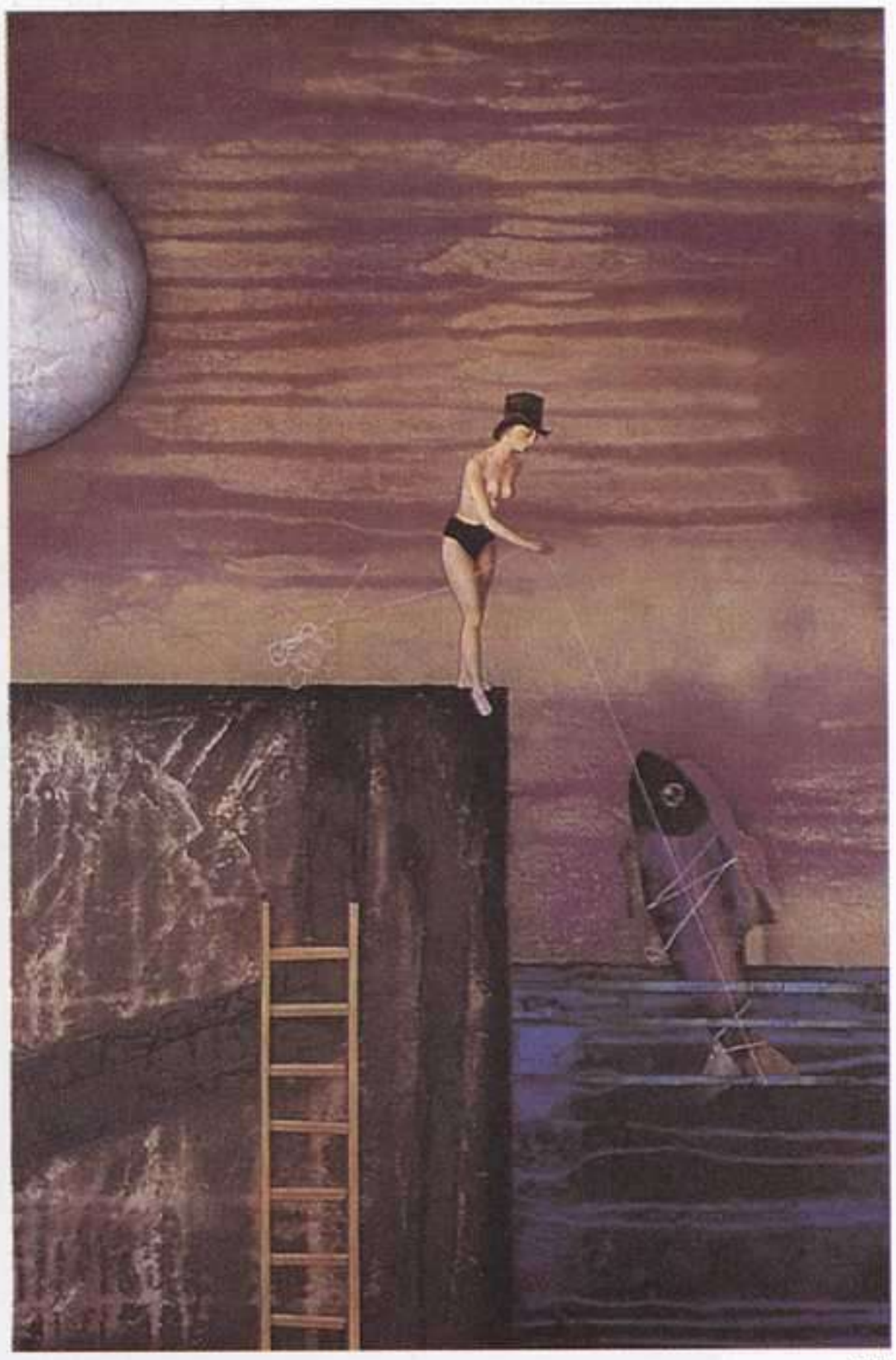


I

I *El rumor* (1996)

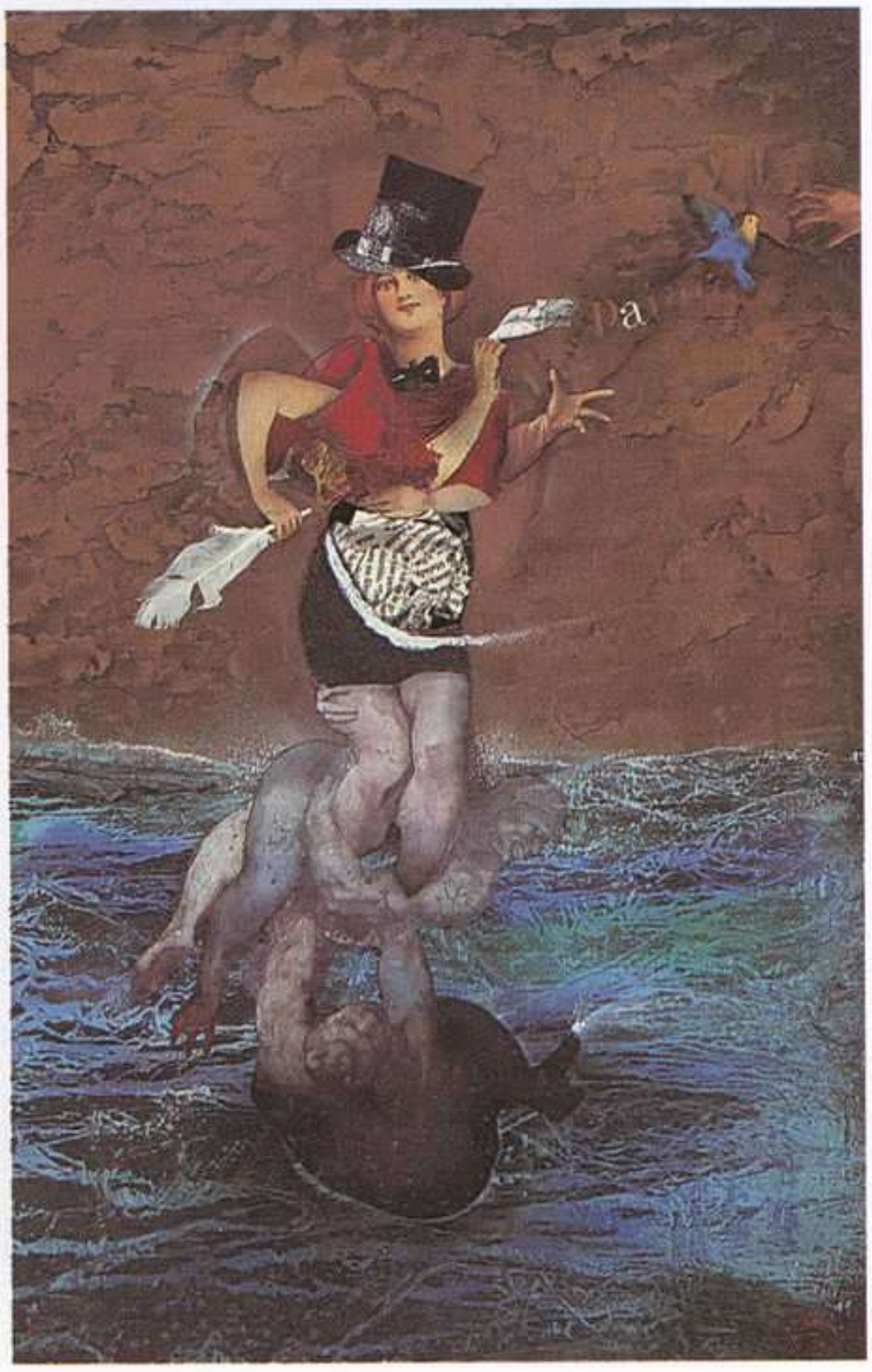
Ministerio de Cultura 2011

II



III

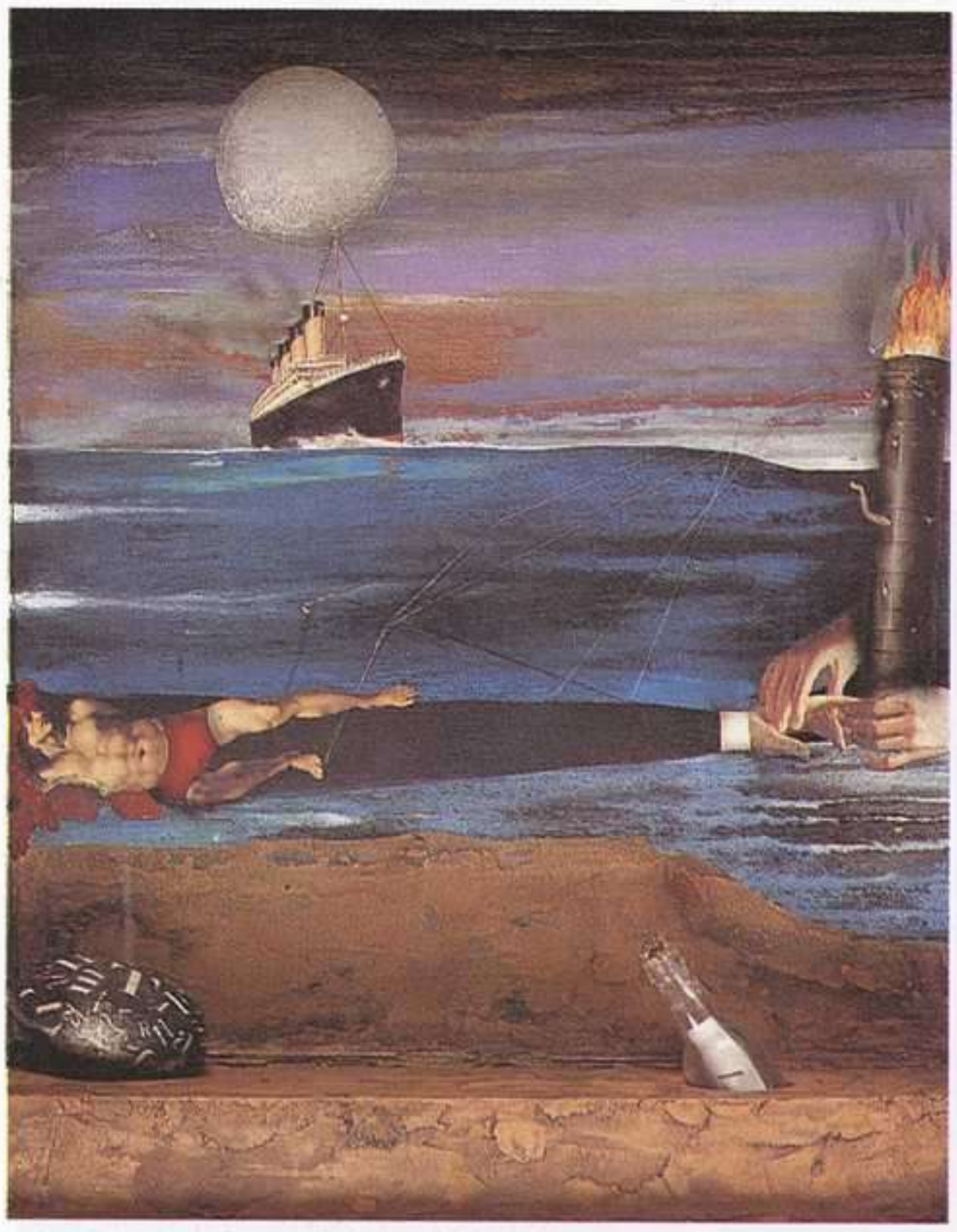
IV



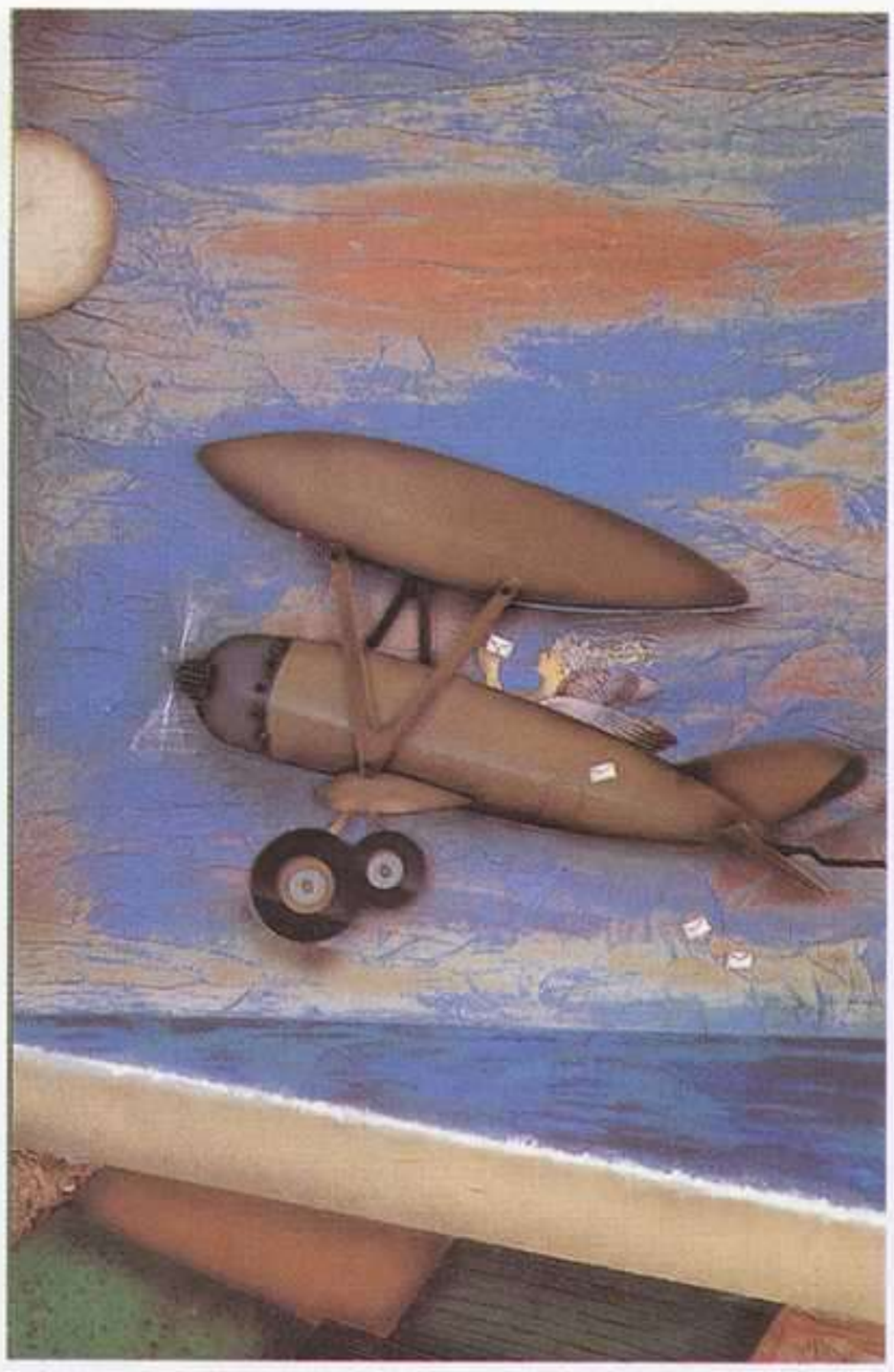
V

II *La mujer del croupiere* (1997) III *La pescadora* (1995)
IV *Abelardo y Eloisa* (1988) V *La actriz* (1999)

Ministerio de Cultura 2011

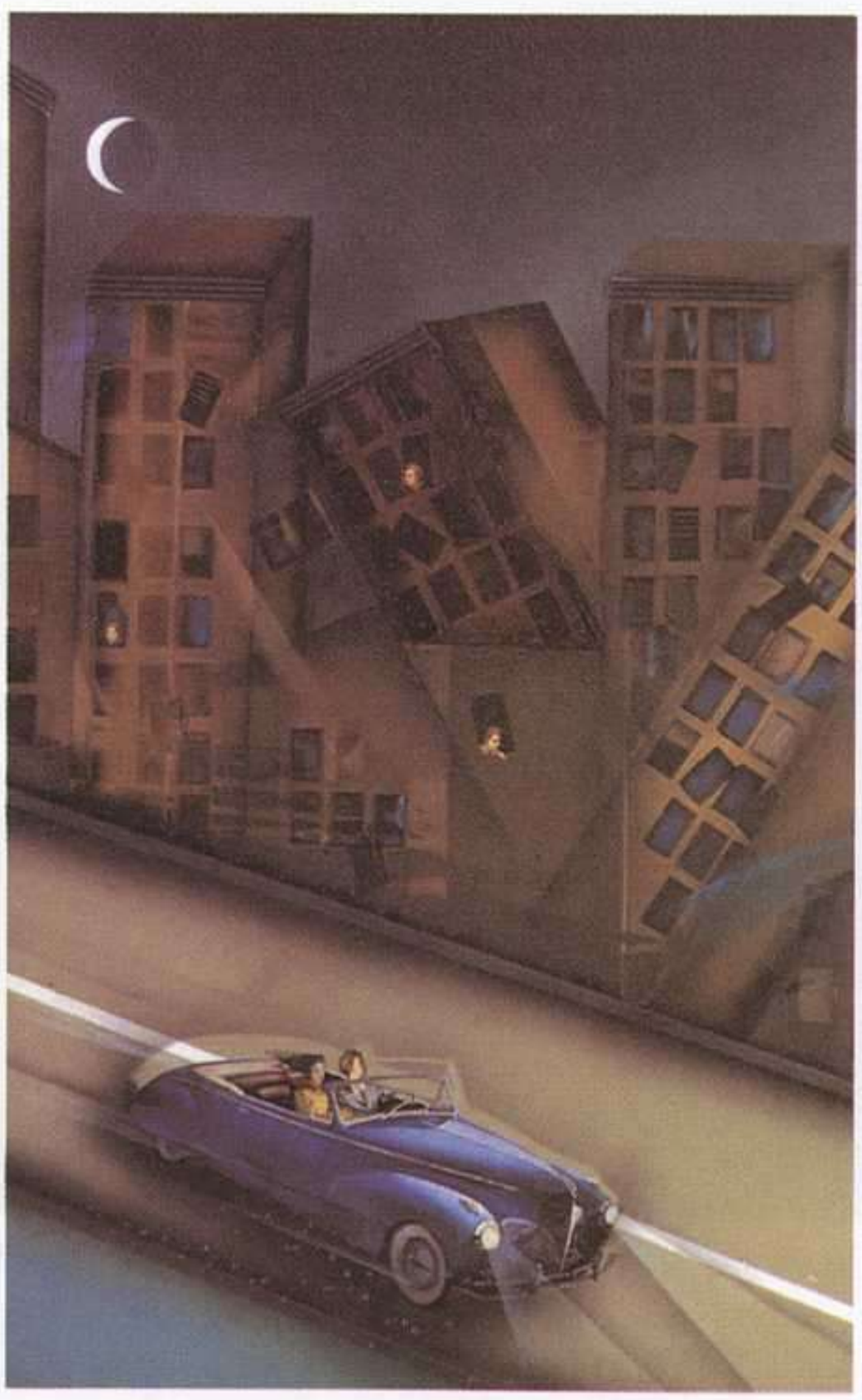


V



VI

VIII



IX

VI *El náufrago* (1997) VII *El ángel mensajero* (1998)
VIII *El último viaje* (1999) IX *La trama* (1998)

Ministerio de Cultura 2011

X

XI

X *La violoncelista* (1997)
XI *La libido* (1996)

Ministerio de Cultura 2011

Cuando regresé a Amsterdam después del accidente de mis padres, mi tía me recibió como a un amante más que como al sobrino que vuelve huérfano de un desastre. Su marido, mi tío, había muerto el año anterior, víctima de un ataque al corazón mientras hacían el amor. Desde aquel día su mente se había trastornado. Sinceramente, nunca lamenté su enfermedad. Era una mujer de una increíble exuberancia. Convivir con ella fue algo así como un paseo por el delirio.

Mis tías creo que no llegan a tanto —le comenté, interrumpiéndolo con un cierto tono de tristeza.

—Entonces tendrás que descubrirlo, pero es un familiar sin duda alguna o alguien muy cercano a ti. Lo de la vecina podría ser una buena teoría, sí, lo de la vecina me atrae —murmuró en voz baja.

—No conozco a ninguna. Si acaso algún encuentro casual en el ascensor. Sí, claro, espera —dije tratando de recordar—. Hace unos meses la vecina del tercero me pidió que le ayudara a entrar unos paquetes en su apartamento. Lo malo fue que su perro, un caniche, nada más abrir la puerta se meó con premeditación y alevosía en mis pantalones. Estaba chorreando, por lo que no me quedó más remedio que quitármelos allí mismo. En ese inocente trance estaba cuando entró su amante. Sí, como te digo, no era su marido, sino su amante. Tuve que darle todo tipo de explicaciones al muy canalla, cosa que no sirvió para nada, ya que sin mediar razones me arrojó en calzoncillos por la escalera de servicio. Fue una situación horrible que no me gustaría repetir.

—¡Es ella! —dijo el holandés, seguro de haber descubierto por fin el enigma.

—Imposible —contesté—, hace unos días el marido apareció asesinado en una sauna tailandesa y ambos están detenidos como principales sospechosos. Creo que el amante era el que regentaba el local.

Pareció decepcionado, aunque se recuperó enseguida. —¿Y una amiga de tu mujer? Siempre lo saben todo y ésta conocía además tu horóscopo.

—No creo. Las conozco bien a todas —dije con una risita de complicidad que él supo contestar a tiempo llenándome la copa. Además, lo del horóscopo puede saberlo cualquiera, mi fecha de nacimiento se encuentra en la solapa de todos mis libros.

—¿Y una lectora anónima? —le comenté saboreando ya uno de sus deliciosos platos. La botella de *Mei Kuei lu Chiew* había desaparecido y me ofrecía esta vez el contenido de una curiosa botella negra en la que se veían pintados unos extraños caracteres en rojo.— ¿Qué es esto? —le pregunté. La botella era de lo más inquietante.

—Es un licor sin nombre, muy antiguo. Lo utilizaban algunos

Ministerio de Cultura 2011

príncipes de la dinastía Tang en una ceremonia similar al Hara kiri. Estos dibujos revelan los nombres de sus propietarios. La tradición dice que muchos firmaban la botella con la daga ensangrentada. Incluso tiene una extraña propiedad: fuera del organismo es más explosivo que la pólvora, además de tener un olor nauseabundo. Pero cuando lo bebes se transforma en un delicioso licor con olor a rosas —me contaba esto mientras iba dejando caer lentamente unas gotas sobre la mesa. Su olor era, en efecto, horrible, pero lo más sorprendente fue cuando acercó una cerilla. Una enorme llama subió majestuosamente delante de nuestros ojos incendiando de paso algunas lámparas de papel que decoraban el local. Fue algo así como los inicios del carnaval chino.

—¡No pretenderás que me beba eso.' —le dije atónito, mirando los destrozos y el hoyo que había dejado la llama en el techo.

—Prueba —dijo con firmeza, alargándome la copa—, es delicioso, te calmará y los efectos son formidables.

—En efecto, sabe a rosas y está delicioso —le comenté después de beberme casi de golpe y con los ojos cerrados todo el contenido de la copa—. Es como un bálsamo —agregué, tras sentir casi inmediatamente un sabor especial y esos efectos formidables que pregonaba el holandés. Me encontré de repente, sin haber llamado, en el paraíso.

—¿Dónde conseguiste esta reliquia? —le pregunté con los ojos desorbitados, acariciando la botella como si fuera un tótem.

—Se la cambié a un chino de Formosa por un litro de semen. No sé lo que haría el chino con la botella que le di, pero a mí me costó lo indecible llenarla. Sin embargo valió la pena, es excelente —comentó con una risita después de llenar otra copa.

—¿Qué hago? —le pregunté cuando ya nos servían los postres. La angustia volvía a hacer presa de mi sistema nervioso y más aún cuando el paraíso de la botella comenzaba a desvanecerse.

—¿Con la lectora anónima? —preguntó, descartando otras hipótesis.

—Yo también me inclino por esa teoría —le contesté casi convencido de ello.— Hay muchas lectoras morbosas que se masturban torturando sistemáticamente a los pobres autores.

—No te lamentes —se regodeó—. Tienes fama de ser un tipo retorcido y obseso que motiva innumerables perversiones con tus textos. ¿Qué quieres, que te lean los místicos? Tras hojear uno de tus libros —agreguó—, la primera impresión que le queda al lector es que el autor es un atleta sexual vilmente corrompido por la literatura.

—¿Eso es una buena o mala crítica? —le interrogué al levantarme.

—Presiento que es lo mejor que se le puede decir hoy en día a un escritor. El sexo puede llegar a ser muy aburrido.

Ministerio de Cultura 2011

Cuatro horas más tarde salía de aquel restaurante con el oriente perdido y con la misma sensación de sentirme observado. Sin duda era una mente enferma la que me vigilaba, tenaz e implacable.

La única forma de acabar cuanto antes esa pesadilla era meterme de lleno en el laberinto, y la puerta de entrada estaba en el cine Babilonia. La de salida aún no la sabía cuando paré un taxi y le indiqué mi destino.

—Oiga amigo —dijo el taxista tras cavilar un rato en silencio—, llevo treinta y dos años montado en este taxi y conozco esta ciudad mucho mejor que el culo de mi mujer, y nunca he oído que existiera en esas señas un cine llamado Babilonia. ¿Está usted seguro de adónde va? Creo recordar que en ese número hay una tintorería.

—Me confunde usted, pero no importa, acérqueme a las señas que le he dicho. Creo que es uno de esos cines de Arte y Ensayo —le contesté sin querer dar más explicaciones.

—Aquí es. Ya se lo dije, es una tintorería. Lo recordaba —comentó el taxista al despedirse— porque es el único lugar en toda la calle donde no han puesto una sucursal bancaria.

Al bajar supuse inmediatamente que la tintorería era una tapadera. Crucé decidido la calle, pero la anciana que se veía en el interior haciendo un crucigrama me hizo dudar, por lo que me quité la chaqueta y entré como un cliente normal, preguntando si podían teñírmela.

—¿De qué color la quiere? —me preguntó la anciana, apartando con una mano el crucigrama y acicalándose con la otra.

—Decídalo usted. Yo sólo quiero llegar a Babilonia —le dije, susurrándole esto último como si fuese la contraseña de una complicada red de espías.

—Puede recogerla pasado mañana a las seis —me dijo, dándome un recibo.

Cuando ya me iba, lamentando el destino de mi chaqueta, su voz me detuvo.

—Para llegar a Babilonia pulse un timbre que hay detrás del espejo del probador. Nuevo aquí, eh—dijo, escudriñándome hasta los zapatos.

—Sí, uno nace todos los días, señora —comenté con cierta culpabilidad.

—Sólo que algunos son abortos —contestó.

—Supongo que lo dice por lo que hay allí dentro.

—No, lo digo por lo que allí entra.

—Entonces, usted ha entrado, ¿no? —dije con ironía y algo molesto.

Ministerio de Cultura 2011

—Sí señor, con la edad se conocen bien todos los cubos de basura.

—¿Sabe usted, por casualidad, quién me está siguiendo y por qué razón me han citado en este tugurio? —la interrogué fríamente, estimulado por la inquietud que me producía la situación y también para justificarme.

—Ah, le han citado... —comentó la anciana con un tono que quiso acercarse a la amabilidad pero sin conseguirlo en absoluto— ¿Por qué no empezó por ahí, mi buen amigo? Usted me dice desde un principio que le han citado aquí y yo le entrego la sorpresa.

—Oiga, espere, qué está diciendo, de qué sorpresa habla.

—Ah, pero no lo sabe, claro está, es una sorpresa —comentó riendo la anciana—.

—Sí, amigo, le han regalado una preciosa chaqueta roja —exclamó como si diese el gran premio en un programa de concursos—. Espere, voy a por ella. Aquí la tiene, señor — dijo la anciana tras rebuscar unos minutos en los colgadores sin atender a razones ni preguntas—. Se ve que la señora conoce sus medidas, ¿es de su talla?

—¿Qué señora? —volví a interrogarla, pasando por alto el atentado de color que había sufrido la prenda. Cualquier chulo barato en un cabaret de suburbios se hubiese sentido incómodo con ella puesta en el carnaval del barrio.

—Ah, ¿pero tampoco conoce a la señora? Esto se está poniendo interesante —rió burlonamente.

—O usted me dice quién es esa mujer y me cuenta todo lo que está pasando o yo la estrangulo —le dije cogiéndola del cuello con ambas manos—. La locura es un atenuante cuando se juzga por lo criminal —terminé de decirle, apretándole con el índice la garganta—, y yo me estoy volviendo loco.

—Calma, amigo —tosió la mujer cuando le di un segundo respiro—. Mi marido también enloqueció una noche v también quiso estrangularme. Fue horrible, le detuvieron.

—A mí no me detendrá nadie —le contesté convencido de ello—. Ahora cuéntemelo todo.

—Era una mujer muy elegante —dijo la anciana algo menos pálida—, además de ser muy generosa.

—Siga —insistí nervioso, alargando otra vez mis manos a su cuello.

—Está bien, está bien, se lo diré todo.

—De acuerdo, ¿qué es lo que sabe?

—Nada —contestó decidida—. Mire, esa señora pagó muy bien mis servicios, y esos servicios terminaban cuando le entregara a usted la chaqueta con el sobre dentro.

Ministerio de Cultura 2011

—¡Qué sobre! —la zarandeé.

—Búsquelo, lo he puesto en uno de los bolsillos.

—¿También le han pagado por contarme esto? —le dije, agitando la chaqueta como si fuera un capote.

—No. Se supone que usted tendría que encontrarlo solo. No dirá lo que le he dicho, ¿verdad? Perdería parte de la comisión.

—Yo no diré nada a nadie, siempre y cuando usted me diga la verdad de todo este asunto.

—De acuerdo, usted gana. ¿Qué quiere saber?

—No me obligue, por su bien, señora, a repetírselo. Nunca he pensado en asesinar a una anciana, pero ahora estoy dispuesto en cualquier momento a hacerlo.

—Venía vestida como todas —contestó nerviosa—, usted entiende, muy camuflada, peluca, gafas oscuras, tacones altos, perfume caro y hablando un forzado acento extranjero. Si entrara de nuevo aquí, no podría reconocerla. Sí… —exclamó—, venía claramente disfrazada. Me pidió que me limitara a teñir esta chaqueta de rojo. Luego, me entregó dos billetes de los grandes y me dijo que me daría dos más si metía un sobre en uno de los bolsillos y no hablaba más del asunto. Como estará usted viendo, la violencia hace trizas la poca nobleza que le queda a cualquier negocio. Este mundo es un asco —balbuceó—, un ¡asco! —gritó, recuperando su nerviosa y cínica compostura.

—¿No le habló de quien debía recoger la chaqueta?

—No, sólo me dijo que ya citaría a alguien aquí, que de eso no me preocupara. Me extrañó, pero no quise preguntar más, la clientela siempre exige discreción.

—Siga —le insistí, encontrando por fin el sobre en uno de los bolsillos.

—Era una mujer muy elegante y muy generosa.

—Eso ya lo sé —le grité nervioso, rasgando con violencia el sobre—. ¿Y qué más?

—Era muy bella.

—Además de diabólica —le interrumpí, leyéndole parte del mensaje—. Quiere que entre con la chaqueta roja en Babilonia.

El mensaje estaba mecanografiado en rojo en un papel vulgar, pero el sobre era de una calidad excelente, incluso estaba sutilmente perfumado. El texto íntegro de la nota decía: *Te he estado siguiendo todo el día, puedes llamarlo simpatía eléctrica si quieres. En una palabra, me EXCITAS En varias, me excita seguirte, manipularte, jugar contigo, torturarte, enloquecerte. Si quieres saber más de mí ponte la chaqueta roja y entra en Babilonia.*

No lo niego: mi narcisismo se sentía halagado, pero un frío glacial

Ministerio de Cultura 2011

se extendió por todo mi cuerpo cuando descubrí que mi perseguidora conocía perfectamente esos comentarios sobre el magnetismo ético que Edgar Allan Poe comentaba en *The spectacles.* Algo así como que los efectos naturales más duraderos e intensos son aquellos que surgen del corazón como obra de una «simpatía eléctrica» y que los grilletes psíquicos más brillantes y duraderos son aquellos que quedan marcados por una mirada. En otras palabras, un amor a primera vista.

Quizá lo más extraño es que hace dos días había terminado de leer ese texto de Poe y había tomado la noche anterior unas notas sobre el tema. Fuese quien fuese mi perseguidora, conocía hasta la intimidad de mis papeles.

No lo dudé un instante: había que llegar al final. Me puse la chaqueta roja y le cogí el cuello a la anciana.

—Usted me va a decir lo que es Babilonia, estoy dispuesto a entrar allí —le dije indicándole el probador de señoras—, y quiero saber dónde me meto. Ah, y no me diga que es un cine.

—No —dijo la mujer—, eso sólo lo dicen algunas chicas cuando un desconocido llama por teléfono. Todas son muy peliculeras, incluso una ha estado en Hollywood. Aunque, eso sí, tenemos espectáculo en vivo.

—¡Ya! —contesté, incrédulo—. Entonces sólo es una casa de citas.

—Sí, eso es, en Babilonia se cita la gente —dijo con mofa—, así podemos cubrir los gastos de la tintorería.

Entrar en una casa de putas por el probador de señoras de una tintorería con la chaqueta roja que te ha dejado una maníaca que te sigue puede ser muy duro. El ambiente era lúgubre, olía a flores marchitas y se respiraba algo turbio cada vez que me adentraba más y más en el laberinto del día.

El probador resultó ser un montacargas, nada más apretar el botón que había detrás del espejo, aquello comenzó a moverse y a descender con un chirrido infernal que hacía presagiar cualquier desastre.

Estaba en el suelo, rogando por mi vida con los ojos cerrados, cubriéndome la cabeza con las manos, cuando aquello por fin se detuvo. Fue como volver a nacer. La misma sensación que podría experimentar el pasajero de un avión tras un aterrizaje forzoso.

No había reaccionado a la impresión cuando la puerta se abrió bruscamente y apareció una monja con un látigo en las manos delante de mis ojos.

—Conque tú eres el de la chaqueta roja. Tu amiga te quiere, eh —dijo la monja o lo que fuese, con una áspera risa en los labios—. Hace tiempo que no hacía el Babilonia Completo —lo que fuese tenía un

Ministerio de Cultura 2011

rostro indescriptible: era algo así como el San Juan Bautista de Leonardo con el cuerpo de la Jayne Mansfield enfundado en un hábito de clausura.

—Sígueme —dijo la monja dejando el látigo en el suelo, cosa que agradecí, y ofreciéndome unos largos dedos para que me incorporara.

Fue un alivio salir de aquel probador a pesar de lo incierto de la mano que me llevaba por los pasillos de aquel prostíbulo.

—Una mujer que me sigue me ha citado aquí —le comenté cuando entrábamos en una habitación cubierta de espejos—. ¿Sabe usted quién es?

—Nunca me ha gustado que me hagan preguntas cuando trabajo —dijo con frialdad aquel ser mientras comenzaba a desnudarse—. Tu elegante amiga me ha pagado muy bien para que te haga el Babilonia Completo y eso es exactamente lo que ahora voy a hacer y nada más.

—Sí, elegante y muy generosa —contesté observando las voluminosas formas que se me iban ofreciendo de aquella mujer. Su piel era blanca, casi transparente y de una sensualidad desbordada.

—Muy generosa —repetí alucinado al observar los senos más hermosos que había visto en mi vida escaparse de una de las prendas del hábito. Tenían el tamaño justo para no dudar un instante en abalanzarse sobre ellos y llorar como un niño, si era necesario.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Puedes llamarme la del Babilonia Completo. Soy la única que lo hace.

Y no me extraña que fuese la única, ya que éste duró tres horas, tiempo que dejo para que una mente curiosa se imagine todas las sensaciones, aberraciones, castigos y placeres que puedan experimentar dos cuerpos sometidos a la ebriedad de los instintos.

Finalmente extenuados, con los labios hinchados por el dolor, nos dimos un último beso y luego lloramos un largo rato abrazados frente a un espejo.

Ambos habíamos estado en el delirio, y volver requería su tiempo.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora tengo que entregarte esto —y me alargó una llave.

—¿De dónde es?

—No lo sé, yo sólo tenía que entregártela.

—Te la regalo —le dije cogiendo la chaqueta del suelo para tapar su cuerpo desnudo—, quédatela, es la única chaqueta roja que he tenido en mi vida.

Esto pareció enternecerla.

—Nos han estado observando, ¿sabes? —me confesó al oído, con

Ministerio de Cultura 2011

los ojos llenos de lágrimas y sin dejar de acariciarme con ternura.

—¿Quién? —le pregunté cogiéndola por los hombros.

—Tu elegante amiga y otros, imagino —dijo llorando—. Estos espejos son transparentes y se ve todo desde el salón central. El Babilonia Completo es un espectáculo en vivo.

Apretando la llave en una mano y a medio vestir salí de allí dando gritos a través de los pasillos, hasta llegar a lo que se suponía era el salón central. Un grupo de seres oscuros me observaba con asombro cuando entré allí gritando.

—¿Dónde estás? ¿Quién eres, maldita? ¿Dónde estás? —grité desesperadamente en la oscuridad hasta tropezar y caer rendido al suelo. Me levantó un hombre y entre varios me acompañaron hasta la escalera que daba a la salida. —No se preocupe amigo —me dijo uno ya en la calle—. Ha estado usted formidable.

Ya había oscurecido y comenzaba a llover. La calle brillaba como si la luz de la noche estallara en el asfalto con violencia. Mi mente giraba enloquecida. Comenzaba a empaparme y esto hacía sentirme mejor.

Permanecí dos horas sentado bajo la lluvia, humedecido, mirando la llave. Era el total abandono de mis fuerzas físicas y mentales; estaba agotado y me desplomaba rendido sobre la acera cuando hubo algo en el tacto de mi mano que me hizo reaccionar. Era la llave. Había algo familiar en ella, sí, muy familiar: era la llave de casa.

Me incorporé como pude. Pensé en mi mujer, ajena a todo esto, vigilada quizá en estos momentos por la maníaca, cercada y quién sabe en qué trance.

Arrastrándome llegué a una cabina, me serené y acto seguido marqué el número de casa.

Contestó mi mujer.

—Ayúdame —le dije—, estoy bien, pero ven a buscarme. Vigila que nadie te siga.

—¿Qué te ha pasado? —repitió alarmada— ¿Dónde? Voy para allá inmediatamente.

Quince minutos después mi mujer me recogía en las señas que le había dado y me sometía a un tremendo interrogatorio en el coche. Le conté una historia distinta con algunos puntos comunes y con la torpeza de quien ya no tiene fuerza ni siquiera para mentir.

—Quien me sigue tiene la llave de casa —le comenté tras un silencio—, me ha dado una copia.

—Vamos a la policía a denunciar todo esto —dijo decidida.

—No, no, mañana. Ahora no podría.

Fue inútil, detuvo en la primera comisaría el coche y me forzó a

Ministerio de Cultura 2011

otro interrogatorio. Esta vez al de un suspicaz policía que pareció no creerse en absoluto mi historia.

—¿Y usted dice que quien le agredió le dio luego la llave de su casa?

—Sí, eso es lo que he dicho.

—Entre usted y yo —me dijo llevándome aparte—, ¿dónde se ha metido? Su mujer no tiene por qué saberlo. Dígamelo y zanjamos el asunto. No le gustaría declarar mañana ante el juez, ¿verdad?

—De acuerdo, agente, estuve con mi cuñada, es ninfómana. ¿Contento?

—¿Tiene usted hermana, señora? —le gritó el policía a mi mujer. No le había dado tiempo a decir nada cuando el policía se le acercó de nuevo y le dijo socarronamente al oído:— lléveselo, sólo se ha acostado con ella.

Salimos de allí sin hablarnos.

—Le he dicho eso para que nos dejara marchar, no tenía por qué saber que no tenías hermanas —le comenté en el coche de vuelta a casa—. No se creyó ni una palabra de lo que le dije.

—Ni yo —contestó fríamente.

Cuando entramos en casa todo parecía normal. Lo primero que pensé fue que a la mañana siguiente cambiaría la cerradura. No podía soportar la idea de que una copia de la llave de casa estuviera circulando por un burdel.

Algo repuesto tras un largo baño, cenamos, frente a frente, una tortilla francesa. No me dirigió la palabra ni yo tampoco tenía ganas de hablar. Eran demasiado intensas las imágenes que cercaban mi cerebro como para concentrarme en algo concreto. Pero de todas aquellas imágenes, la que más me atormentaba era la que no tenía, la de esa elegante y diabólica mujer.

Recordé entonces la nota que me había dejado. Necesitaba volver a leerla, había algo morboso en ello, una mezcla de placer y miedo al mismo tiempo.

Busqué el sobre por todas partes sin encontrarlo.

—¿Estás buscando esto? —me dijo al observar mi inquietud.

Tenía la nota mecanografiada en una mano y el sobre triturado en la otra.

—Sí —dije con la naturalidad del que no tiene salida.

—¿Querías volver a leerla, no? Déjame que te recuerde un poco lo que decía: Le excitas, le excita jugar contigo y de paso te invita a entrar en ¿Babilonia? Vulgar, ¿no te parece?

Iba a contarle todo a modo de confesión, cuando algo me detuvo.

No sé si fue el tono de su voz o quizá su perfume. No, fue su ele-

Ministerio de Cultura 2011

gancia lo que me detuvo. Tenía puesto un ajustado traje negro de cachemira y unas pulseras tibetanas. Era muy elegante y muy generosa, pensé recordando la estridente voz de la anciana: sí, una mujer muy elegante, y ella lo era. Luego recordé las palabras del holandés: es un familiar, alguien muy cercano a ti. Y claro, solamente mi mujer podía tener acceso a mis papeles. La llave de casa: todo coincidía.

Era ella, pero no, no era posible. ¿Ella? ¿Por qué? No tenía sentido.

Se encontraba de pie, apoyada en la puerta con la nota en la mano, en espera de que yo dijese algo; seguramente esperaba que mintiera para recrearse. Le encantaba tender trampas en el juego, era muy femenina en esto.

Creo que intuyó que sospechaba algo, porque reaccionó con violencia. Cogió la nota y la partió en pedacitos como poseída por unos celos incontrolables.

—¡Cómo has podido hacerme esto! —gritó. No era su estilo.

Volví a mirarla sin decir nada, tratando de aguantar todo lo posible antes de desenmascararla. No podía cometer un error, tenía que estar seguro. Pero a medida que pasaba el tiempo me convencía cada vez más de que sólo ella podía ser mi perseguidora.

No pude más y estallé.

—¿Eres tú, verdad? Tú eres quien me ha estado siguiendo, quien ha querido empujarme de bruces a la locura. Siempre has conocido todos mis miedos y te has recreado conmigo diabólicamente en un juego sin sentido. ¡Di —grité— que has sido tú! Sabías de antemano cuáles serían todos mis movimientos, mis reacciones. Me conoces demasiado. Sí, sí —repetí—, me has torturado con esa «simpatía eléctrica» como el más cruel de los verdugos.

Ella iba a decir en ese instante algo, cuando sentimos que alguien abría la puerta.

Una mujer desconocida y muy elegante entró en ese momento en casa.

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

Lorenzo Saval nace en Santiago de Chile en 1954. Dirige la revista Litoral y es director del Centro Cultural de la Generación del 27.

El doble juego

Mi trayectoria como escritor ha tenido los vaivenes propios de esos barcos sin rumbo, con desordenadas navegaciones; ya lo decía Picabia: *no hay obstáculos; el único obstáculo es el rumbo; caminad sin rumbo.* Uno empieza a escribir con la intención de ser un gran seductor, pero llega un momento en el que la palabra se hace tu cómplice y te convence de que juntos podríais cometer algún crimen perfecto.

Primero fueron poemas, *perfiles del otro lado de mi cara;* luego, en uno de esos fervores de juventud, surgió una ópera rock, perdida para siempre en un desaparecido teatro de Madrid. Tras la publicación de mi primer libro *Inesperada Presencia* y de mi entrada en la *Revista Litoral*, la poesía, a fuerza de estar con ella a cada instante, se me fue haciendo insoportablemente cotidiana. Un día la abandoné o me abandonó ella, eso nunca lo he sabido. Me pasé a los cuentos, muchos aparecerían en *El Hacedor de Calendarios*, mi segundo libro, y otros en revistas y periódicos.

Una de las cosas que no debe perder un escritor, y un artista en general, es la capacidad del asombro. Hay que asombrarse de todo cuanto emerge de uno mismo, como si eso que sale al exterior nos llegara desde un extremo de nosotros aún desconocido, que empeza-

Ministerio de Cultura 2011

mos a vislumbrar y descubrir en nuestras propias creaciones. No hay nada que produzca más placer que inventar seres, hacerlos pintar nubes o cazar zeppelines si viene al caso. Seres que se desnuden y nos enseñen al mismo tiempo el arma y el alma del crimen.

Por otra parte mis collages, mis objetos, mis diseños, mi trabajo plástico, en suma, ha seguido un rumbo paralelo al de la literatura, aunque quizás mas constante, con un itinerario más ordenado y una mayor recepción crítica. Desde mi primera muestra en 1976, no he dejado ningun año de exponer individual o colectivamente. La pintura ha sido siempre para mí una forma de terapia, una manera de conocer el mundo. *Que el mundo me lleve y tendré recuerdos. Que los recuerdos me lleven y tendré los ojos redondos como el mundo,* nos decía Paul Eluard en uno de sus poemas.

En mi relato *El sueño de la mujer desnuda*, los protagonistas, una pareja de falsificadores, discuten mientras bailan sobre la jerarquía de la poesía y de la pintura. En ese diálogo, él le susurra a ella una frase que podría definirme en este sentido: *las palabras para que tengan valor hay que pintarlas primero.*

Está claro que en ese *doble juego* entre literatura y pintura hay conexiones, pero su concepción se desarrolla en mundos separados. Una es íntima, casi secreta; la otra, extrovertida, exhibicionista. La pintura es más solar, te implicas físicamente, te manchas, te cortas..., mientras que la literatura se desenvuelve mejor en la noche, cuando hay grandes silencios y nada nos perturba. La poesía es pulcra, liviana como una hoja de papel donde las palabras se sostienen ingrávidas aunque el corazón nos pese una tonelada.

Ministerio de Cultura 2011

Este octavo cuaderno de

El agua en la boca,

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de Litoral, se edita como suplemento de la revista al cumplirse el setenta aniversario de la aparición del primer número de Litoral, con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Colaboran en la realización de este cuaderno, dedicado al escritor y pintor Lorenzo Saval, los escritores Antonio Jiménez Millán, Luis García Montero y Antonio Soler y el fotógrafo Ignacio del Río. • Se imprimió en Málaga el día XXX de XI de MCMXCIX con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y de la Diputación de Málaga.

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011